

MIAMI. *Turistas, Colonos y Aventureros en la última Frontera de América Latina*. H. Iglesias Illa. 2010. Buenos Aires, Editorial Planeta. ISBN 978-95049-2253-7, PP. 241

Revisado por

Maximiliano E. Korstanje

Departamento de Económicas,
Universidad de Palermo. Argentina

Cuando alguien decide viajar, se deben dar dos elementos: hospitalidad, es decir una protección temporal, y un motivo para hacerlo; si ambas cosas no se dieran, uno se encontraría frente a una conquista. En este contexto, Hernán Iglesias Illa, escritor de nacionalidad argentina radicado en Nueva York, trae este libro en donde combina una prosa llevadera con experiencias y vivencias de quienes han tenido que migrar a Miami en búsqueda de un mejor porvenir. Indescriptibles son las razones que llevan a una persona a abandonar su lugar de residencia, rompiendo temporalmente (en ocasiones en forma definitiva) con sus amigos, familiares y recuerdos. En este sentido, Miami se transforma para miles de migrantes en el destino último de un sueño. Para los turistas, la ciudad representa lo más elaborado del consumo conspicuo, un souvenir hedonista de exclusividad. En forma elocuente, Iglesias Illa reflexiona sobre estas dos formas de ver y sentir Miami. Por un lado, aquellos quienes ven en Miami la capital cultural de América Latina en suelo americano. Una visión que, aprovechando la sobrevaluación monetaria, adormece su conciencia política en los shoppings y tiendas comprando electrodomésticos y gozando de los beneficios del lujo. Otra corriente, por el contrario, considera que Miami representa la decadencia cultural occidental y lo peor del estado capitalista e imperialista estadounidense. Viajeros y aventureros los unos, turistas los otros.

Como sea, en este trabajo el autor narra sus experiencias tras el debacle financiero de 2008. Lejos de desaparecer como un simple espejismo capitalista, Miami concentra diversos estilos propios del mundo hispánico y del anglosajón. Las diversas crisis políticas y económicas que habían sido las causantes de la migración de miles de personas hoy hacen que miles de latinoamericanos volvieran a sus países de origen. Los que se quedaron, decidieron pelearla abriéndose camino a la urbanidad de una nueva creación, híbrida y cosmopolita. Como el caso de Pérez, y otros muchos más, la crisis bursátil estadounidense puso fin a miles de proyectos e ilusiones. El peor momento económico de los Estados Unidos desde la gran depresión generó una ola insondable de temores y expectativas, como así también incrementó la competencia por el mercado laboral.

Las diversas migraciones cubanas e hispanoamericanas no solo generaron tensión social respecto a las comunidades negras y anglosajonas, sino que también fueron preparando el terreno para el surgimiento de dos poderosas industrias, el turismo y el narcotráfico. Los vecinos "blancos" petitionaron a las autoridades que solo se gastaran fondos para programas de fomento del idioma inglés, la diversidad lingüística era para la comunidad anglo una amenaza latente. Por el contrario, estas medidas pronto cayeron en desuso por impracticables o paradójicamente encendieron el interés de la comunidad cubana por la política estadounidense; fue así que muchos habitantes de la apacible Miami comenzaron a irse a otras ciudades.

La década de los 80 y 90 retornó los dólares prestados al tercer mundo hispánico en forma de consumo turístico. Miles de latinoamericanos llegaban a Miami para consumir sol, playa y electrodomésticos. El español pululaba por doquier, de la misma forma que las economías latinoamericanas se deterioraban día a día, tal vez producto de una combinación entre corridas cambiarias y aumento en los intereses de la deuda externa. El destino económico de Miami estaba asociado inevitablemente al de Latinoamérica, pero también a las políticas imperialistas americanas. En ese sentido, el turismo y la migración no especializada han jugado un rol primordial en el proceso de renovación edilicia, cultural y económica de la ciudad. El primero, proveyendo el capital necesario para la atracción de inversores que pudieran desarrollar la infraestructura, el segundo poniendo la mano de obra a costos realmente muy bajos.

En su trama, el libro lentamente va envolviendo al lector en las biografías de muchos que han arribado a Miami en busca de una mejor oportunidad y que hoy, lejos de volver a sus países de origen, siguen eligiendo vivir en la ciudad, apostando a un cambio de suerte. Los turistas, cosificados a entes de consumo, seguirán siendo turistas. Redactado de una forma clara y amena, pero circularmente repetitiva en algunos puntos, la obra resuelve, de cierta forma, la tensión existente entre el consumo y la identidad cultural, aun cuando no explica exactamente esa relación. El capital en sus diversas

formas tales como la construcción inmobiliaria y el turismo, generan polos de atracción para las economías periféricas. Lo cultural y la cultura misma son construcciones políticas y por tanto no trascienden sus fronteras.

Particularmente, cada historia conecta con una coyuntura y una época, una forma de vivir y sentir políticamente la ciudad de Miami. La función de la hospitalidad como institución política capaz de regular los bordes y la soberanía de una ciudad no han sido profundizadas en el libro de Iglesias Illa, tampoco el impacto del 11 de Septiembre y la posterior quita de visados a miles de latinoamericanos, o las restricciones a la migración mexicana. Su posición se presenta como idealizada y romántica, olvidando que Miami se encuentra dentro de territorio estadounidense y sujeto a sus leyes. El impacto cultural de los migrantes latinos, lejos de negociar las pautas políticas se encuentran subordinados a una hospitalidad restringida en el sentido de J. Derrida, aplicable solo a quienes pueden pagar por ella, quienes poseen una ciudad a la cual retornar, o incluso un patrimonio.

Definida como una institución política por medio de la cual los grupos humanos se comprometen a no agredirse, la hospitalidad es una forma de hostilidad regulada. El viaje abre la puerta a un doble riesgo; por un lado, saber a quien se recibe, pero por el otro reducir la angustia del huésped al encontrarse en un espacio que se le presenta como desconocido. En períodos de paz, la hospitalidad permite la conexión de las ciudades por medio del comercio, el tráfico de mercaderías y el turismo, pero en momentos de conflicto, involucra a los firmantes a coordinar una defensa conjunta. La hospitalidad, como base del principio antropológico de la solidaridad, requiere dos componentes, seguridad y reciprocidad. La palabra visa deviene del latín *visum*, que significa ver o saber (*verbo videre*). La función de la visa no solo apela a escudriñar las características del huésped, sino además se restringe a procesos recíprocos, es decir a convenios bilaterales.

No obstante, bajo ciertas circunstancias, la hospitalidad se limita exclusivamente y los controles fronterizos se agudizan. Se dan, por lo general, tres tipos de hospitalidades (siguiendo los tipos ideales de reciprocidad de M. Sahlins): generalizada, negativa y equilibrada. La hospitalidad generalizada se aplica cuando un estado en ventaja económica y militar ofrece beneficios sin pedir nada a cambio. Por el contrario, la hospitalidad de tipo negativa se observa cuando una de las dos partes recibe ciertos privilegios sin comprometerse con ninguna contraprestación. Por último, pero no menos importante, el subtipo equilibrado de la hospitalidad obliga a ambas partes con obligaciones y derechos en el convenio, previo mediador. Por regla general, el capital, o el pago de dinero, se corresponde como un mecanismo mediador que conlleva a la hospitalidad equilibrada. Un turista que paga por su alojamiento goza de este subtipo, pero no los refugiados que deben acceder al tipo generalizado. Es el caso que se observa luego del 11 de septiembre, cuando Estados Unidos cancela unilateralmente la entrada sin visado de argentinos (sobre todos de aquellos con posibilidad de radicación), pero la Argentina mantiene ese beneficio a los ciudadanos americanos. Esta hospitalidad negativa o restringida impone serias restricciones a la movilidad de ciudadanos latinoamericanos, y con la salvedad de Cuba y Puerto Rico, Miami no es la excepción. ¿Cómo explicar este fenómeno?

El capital genera asimetrías entre las naciones creando diversos polos de gravitación. Los países industriales reciben mano de obra empobrecida de los periféricos, a la vez que emiten flujos de turistas ricos en búsqueda de paraísos adaptados para recibirlos. Sobre los turistas provenientes del primer mundo se ejercen pocas presiones migratorias, y por lo general la hospitalidad es generalizada. Empero, sobre los migrantes de los países agrarios se ejercen presiones cuando deciden migrar a los grandes centros industriales. Este efecto, bien estudiado durante décadas, se ha acelerado luego del atentado al World Trade Center y de las dos guerras preventivas llevadas a cabo por Estados Unidos.

Por lo demás, Iglesias Illa se equivoca al afirmar que la hospitalidad de la Florida es una cuestión abiertamente cultural hispánica, y que Miami, siempre sonriente al extranjero, se transforma en una ciudad multicultural. Todas las ciudades estadounidenses están circunscriptas a las leyes y las cuestiones políticas que fijan sus elites, lo cultural no modifica la pauta política. La aceptación del mundo latino se encuentra siempre copiado y subordinado al anglosajón (hegemonía). Si bien coincidimos en que el turismo como actividad no rompe esa lógica sino que la perpetúa, el status de turista no está determinado por la falta de lucidez mental frente al mundo del consumo (como arguye Iglesias Illa), sino con la potestas (potestad del latín) de retorno. Al turista (cuyo

término viene del sajón medieval Torn, que significa salir con motivo de retorno) se le asigna una identidad temporal, para luego ser reconducido al status anterior, trabajador siempre bajo condición de retorno. Como las vacaciones, ferias, y ferien viene del antiguo latín de feriae, que significa licencia, el turista debe comprometerse a retornar. Cuando el huésped decide romper esa licencia en forma unilateral se transforma en un paria, y caen sobre él las leyes del estado, lo persiguen, lo encarcelan y lo deportan.

REFERENCIAS

Derrida, Jacques. *La Hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2006.

Sahlins, Marshall. *Stone Age Economics*. Londres: Routledge, 1972.

Data de Submissão: 18/08/2012

Data de Aprovação: 05/09/2012